



Literatura

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA - CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS LAGOS

CATORCE VOCES: LITERATURA EN LAGOS

Camilo Patiño García (coordinador)

CATORCE VOCES: LITERATURA EN LAGOS

CATORCE VOCES: LITERATURA EN LAGOS

**Camilo Patiño García
(coordinador)**



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Dr. Ricardo Villanueva Lomelí

Rector General

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea

Vicerrector Ejecutivo

Mtro. Guillermo Arturo Gómez Mata

Secretario General

Dra. Gloria Angélica Hernández Obledo

Rectora del Centro Universitario de los Lagos

Dra. Karla Noemí Padilla Martínez

Secretaria Académica

Dr. Camilo Patiño García

Jefe del Laboratorio Editorial

Primera edición, 2022

© Camilo Patiño García

ISBN 978-607-571-859-0

D. R. © Universidad de Guadalajara

CENTRO UNIVERSITARIO DE LOS LAGOS

Av. Enrique Díaz de León 1144, Col. Paseos de la Montaña, C.P. 47460

Lagos de Moreno, Jalisco, México

Teléfono: +52 (474) 742 4314, 742 3678 Fax Ext. 66527

<http://www.lagos.udg.mx/>



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercialSinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND) lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado, construir sobre él ni utilizado con propósitos comerciales. Para más detalles consultese <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>

Editado en México / Edited in Mexico

Catorce voces: literatura en Lagos
se terminó de editar en diciembre de 2022 en
CULagos Ediciones

Av. Enrique Díaz de León 1144, Col. Paseos de la Montaña, C.P. 47460
Lagos de Moreno, Jalisco, México
Teléfono: +52 (474) 742 4314, 742 3678
<http://www.lagos.udg.mx/>

Comité editorial: Dr. Camilo Patiño García
Cuidado del texto: María Fernanda Martínez De Anda
Diseño cubierta: Mateo García Contreras
Diagramación: Fernando Daniel Núñez Flores
Imagen de cubierta: *Catorce voces: literatura en Lagos*
Ilustraciones: María Fernanda Sánchez Saldaña

Introducción

La presente obra es resultado de los trabajos de estudiantes y egresados de la licenciatura en Humanidades, del Centro Universitario de los Lagos, quienes por medio de estos escritos hacen presente la función social del arte, una actividad sustantiva en la formación de ciudadanos para la Universidad de Guadalajara.

Las voces que se expresan por medio de estos cuentos y relatos dan cuenta de la realidad, pero desde una perspectiva artística y creativa que confiere un encargo social para dar visibilidad a temas, recreándolos no por imitación como un simple resumen, sino desde las emociones estéticas.

Así los autores nos demuestran primero que tienen un conocimiento adquirido en esta disciplina, el cual confeccionan y con el que trabajan las formas de razón y expresión, donde la originalidad e imaginación separan estas obras de un producto artesano, que tendrá que superar el condicionamiento social de los determinismos culturales, de tal forma que constituye una función cognitiva y estética que aviva la imaginación y suscita sentimientos capaces de trasformar al individuo.

Cuando la razón humana nos dicta las bases para determinar el comportamiento y los principios, existe poca apertura a las expresiones artísticas. En nuestra época se expresa que no es necesario ser artista para ser creativo, es verdad; pero en la creación artística encontramos la formulación de un futuro más estético, cuya razón en sí misma es el regocijo de sentimientos, no la mera lógica de continuidad y acción. Espero que el presente libro cumpla con su objetivo de acercar el conocimiento y creatividad que los universitarios

desarrollan como parte de su formación y razonamiento antes los temas sociales, y llegue al público en general que pueda identificarse con estas creaciones.

Camilo Patiño García Lagos de Moreno, 2022

Prólogo

Poliédrica y polifónica, caleidoscópica, la antología narrativa *Catorce voces* agrupa piezas literarias cuya vinculación está dictada por ese tejido que representa el contar. La trama y la urdimbre del acto narrativo, un hecho inmemorial y mágico, hacen del mundo lo que es, o bien lo que se escribe que es, esta tan característica condición humana para habitarlo.

No pensamos porque hablamos, sino porque hablamos pensamos. Todas las tradiciones ancestrales fundan la creación de lo existente en la palabra. Desde las sílabas originarias orientales hasta el *fiat lux* monoteísta, el lenguaje, un advenimiento llegado de alguna parte desconocida, es el hacedor primario de la vivencia. El ser es tal porque cuenta, se cuenta a sí mismo y a los demás, a él le cuentan los otros y así se va nombrando el mundo, construyendo la memoria y transcurriendo el vivir. Vivir es entonces contar.

Texto y tejido comparten una raíz etimológica. Texto, *textus*, es todo aquello que ya ha sido tejido mediante tramas, cadenas o telas de araña colocadas en una urdimbre, en un vehículo o sostén. El tropo adánico contiene dos formas del enunciado: nombrar y revelar. La primera tarea designa todo aquello que existe y que desde el nombre se puede evocar, imaginar, aprehender. La segunda, llamada también *alétheia*, se entiende como verdad. Así, el lenguaje hace habitable lo real, lo vuelve próximo y siempre presente, pues nombrar es imaginar, traer a la mente aquello que se dice. No habría cosas ni conceptos ni categorías si no se dijeran. No habría experiencias, tampoco humanidad.

La forma más alta de la inteligencia, afirmarán los clásicos, es la literatura. En ella está lo que fue, lo que es y lo que será. La literatura funge como la custodia de las metamorfosis, la que abre los velos de lo posible e invoca lo imposible que alguna vez podrá ser. El *âtman*, primer

principio vedántico, esencia o alma del ser, está compuesto por la mente, la palabra y el aliento vital.

En suma, hacemos literatura para soportar, entender y transformar la realidad. Para no morir de ella, como querría un sabio. Y además para desafiar la degradación posmoderna y su profundo anti-intelectualismo, plaga que ocupa todos los espacios, hasta los académicos, para quienes los libros se han vuelto obsoletos y su publicación va abandonándose cada vez más.

Catorce voces es un volumen de resistencia contra este despojo intencional. Reivindica la imaginación y el lenguaje. Responde al esfuerzo de la conciencia esclarecida, aquel impulso cuando bajo las noches estrelladas las primeras gentes se reunían alrededor de una fogata para practicar el diálogo del mirar juntos, el arte más antiguo que se conoce: hacer seres humanos.

Nora Sánchez, notable y lacónica narradora, utiliza lo mínimo necesario para contar una ilusión infantil y una pérdida filial; Ana Carolina Cabrera muestra el pequeño cosmos humano en una tienda de abarrotes y la emoción intensa pero controlada de una muerte familiar que no se espera; María Colín ironiza las inercias pueblerinas de costumbres que se acostumbran sin saber por qué; Ana Luisa Oregon vuelve sensual y discretamente deseable un encuentro con los cuerpos femeninos en un baño japonés; María Fernanda Martínez recurre al vínculo entre un niño y su abuelo para encontrar la realidad de lo fantástico; Marina Ortiz ejerce un desdoblamiento cuando la muerte asalta a su misma narradora; Lucía Cruz expone la zozobra femenina al abordar un taxi; Román Villalobos lleva la prosa hasta combinaciones donde la intertextualidad y la auto ironía de lo cotidiano se trasciende precisamente desde ahí; Dante Alejandro Velázquez ejerce el humor a través de una mirada cuya brevedad no reduce sino multiplica su efecto icástico; Luis Carlos Hernández juega con el erotismo húmedo de quien espera al amante y la sensualidad sorpresiva del comer una naranja; Diego Inés Álvarez describe el crimen pasional entre dos primos que se disputan el amor de una mujer;

David Vital esparce una niebla sobre las razones y los hechos de un hombre que mata a su mujer; David Barajas alude una situación de pesadilla circular que volverá sobre sí misma.

El lector acucioso habrá notado que el número de participantes mencionados en esta antología suman trece y no catorce voces, como su título establece. ¿Qué indica esa ausencia? Tal vez el espacio vacío que en cualquier totalidad existe, quizás el arrepentimiento a última hora de alguien que iba a participar, acaso este prólogo que debiera contarse entre ellas.

O mejor aún: anuncia al lector que se dirá a sí mismo los textos al leerlos en silencio. Trece autores suman catorce porque siempre habrá un tercero que imagine, habite y nombre lo que leerá aquí. Es el otro autor, cuya presencia indispensable realiza y concluye todo acto de escritura.

¿Qué son pues estas catorce voces singulares, distintas entre sí y complementarias? Significan pura y sencillamente literatura.

Fernando Solana Olivares

Historias desde la comezón

Luis Carlos Hernández Cuevas

I

Pablito pertenece a una estirpe milenaria de guerreros. La tenacidad de su pueblo los ha llevado a tener colonias en cualquier rincón del mundo. La tierra que pisan es su único alimento, y esta misma sirve de cuna para sus crías. Entre selvas negras, caoba e infinidad de colores, los invasores se ocultan de los dueños originales de la tierra, quienes tratan de exterminarlos. A veces lo consiguen: por medio de guerras químicas y otras sucias agresiones. Pero son perseverantes, vuelven a aparecer. Pablito ya es adulto, está listo para el ataque. El propósito de la efímera vida de un piojo es la invasión.

II

Arturo sospechaba que era un perro. La duda germinó días atrás, cuando se sorprendió a sí mismo persiguiendo un gato por la calle. Era posible, llevaba un mes con una comezón atroz que lo hacía revolcarse en el suelo. También eso explicaba por qué siempre que pasaba alguna de sus compañeras de oficina por su escritorio le invadían las ganas de olfatearle el culo. Arturo sospechó que era un perro, hasta que fue detenido por defecar en la calle.

Baldes

Dante Alejandro Velázquez

Cuando fue insostenible la situación, los carros se estacionaron también en doble fila e hicieron de la calle un laberinto de metal infranqueable. El vecino del 487 decidió poner un par de cubetas frente a su casa para que nadie se estacionara durante el horario de oficina; después fuimos nosotros, luego los Carranza, luego el carnicero... Aparecieron baldes de todo tipo, garrafones, bloques de cemento y hasta botellas de refresco en los carriles de estacionamiento. De un mes a otro la cuadra estuvo libre de vehículos invasores. Al ver nuestro éxito, gente de otros rumbos hizo lo mismo y la ciudad echó fuera autos, camiones repartidores y alarmas escandalosas en menos de un año. Hoy nadie se estaciona en las calles, pero nos preguntamos ¿quién será el primero en quitar su cubeta de este sembradío multicolor?

眠らない街 nemuranai machi
(La ciudad que no duerme)

Ana Luisa Oregon

Su pie casi se dobla al pisar la plataforma de trenes. Aceleró el paso, moviéndose con la gente que se dirigía a cualquier destino. El suyo: Kabukichō (en Tokio). El cielo nocturno se veía opacado por los incontables letreros de neón. Su cuerpo delgado y piel blanca eran cubiertos por un sobretodo que se movía conforme caminaba. A decir verdad, pesaba menos de lo recomendado, pero prefería estar a la moda. Situación que resultaba conveniente, pues podía presumir de manos delgadas.

Detuvo sus pasos ante un centro comercial con un cine en el octavo piso. Primero haría una parada allí y vería la película que más le agradara. Ordenaría una cerveza y esperaría a que llegara la hora de la intensidad nocturna.

Después de un par de horas, un litro de cerveza y drama, salió del centro comercial dirigiéndose a Kabukichō. Era invierno y hacía frío. Pero el alcohol anulaba la baja temperatura que traspasaba el sobretodo. Su cadera se balanceaba de un lado a otro, acentuada por los tacones de charol que había elegido.

Decidió pasar por una calle reconocida por encontrarse repleta de extranjeros. Caminó confiada, sabiendo que posiblemente alguno de ellos se atrevería a llevársela.

—¡Hey, hermosa! ¿Quieres pasar la noche conmigo?
—escuchó una voz con acento extranjero.

Se trataba de un hombre alto, robusto. La miró sin pudor y extendió sus brazos, tomándola por los hombros. Hiromi no respondió.

—¿No hablas japonés? ¿Entonces, qué tal inglés? —insistió ahora en inglés.

La muchacha comenzó a sentirse incómoda.

—¿No? ¿Francés? —preguntó en francés, apretando los hombros de la mujer.

Hiromi se asustó y forcejeó hasta que el hombre la soltó. Caminó hacia una tienda sin mirar atrás. Su corazón latía rápido. Decidió comprarse un bocadillo de queso y una botella de agua.

Ya de regreso a la calle, caminó menos segura. Muchos hombres se dirigían a ella, hablando de sus servicios, como buscones. Después de observar los exóticos letreros de Kabukichō, decidió que era hora de ponerse seria. Se acercó a un muchacho que le ofreció alcohol gratis. La condujo hacia un bar que se encontraba bajando unas escaleras.

Se trataba de un lugar para citas: De un lado se encontraba repleto de oficinistas, con trajes negros y uniformes. Del otro lado había unas tres mujeres, que parecían no estar interesadas en los presentes. Tomó asiento con ellas. Le llevaron el menú y también un número. Después le llamaron y se movió de lugar, hacia una mesa privada en la que estaba sentado un hombre maduro que vestía un traje. Por lo menos esta vez era un paisano.

Hiromi y su prospecto dialogaron por unos cuarenta minutos. Él se llamaba Yuu, y era un asalariado de cincuenta años.

Cuando la joven comenzó a sentirse afectada por la bebida, se levantó decidida a irse.

—Muchas gracias por hoy Yuu. Hasta luego.

—Hasta luego...

Hiromi no gastó ni un solo yen. Subiendo las escaleras, escuchó que le hablaron. Era Yuu.

—¿Qué planeas hacer, Hiromi? —le preguntó el hombre.

—Voy a caminar...

—¿Ah sí? ¿Vamos juntos?

—Porqué no.

Dejaron juntos el bar.

Pasearon. Desde un host club de japonesas, hasta bares-karaoke. Yuu no se atrevió a tocarla.

—¿Hacia qué estación vas? —preguntó el mayor.

—A Shinagawa. ¿Y tú?

—Me queda de paso. ¿Vamos?

—Sí!

Cuando se iban a separar en la gran estación, Hiromi hizo el último movimiento: tomó la mano de Yuu y abordaron el mismo tren.

Eran las once de la mañana. Y ella esperaba el tren, con 40,000 yenes en el bolso.

Érase una vez un mágico pueblo

María Colín

“Un pueblo que se estanca es un pueblo sin alma”

Los muchachos se concentraron en la idea con gran excitación; con el esmero que sólo las mentes jóvenes son capaces de imaginar. Cuidaron cada detalle con una viveza casi infantil y dieron los pasos debidos y medidos con todas las de la ley. Buscaron aquí y allá, tocaron las puertas indicadas, pidieron anuencias, y la providencia —así como la providencia es con quienes llevan una buena intención— sin más esfuerzo les mostró el camino. Ellos se hicieron a la buena con la licencia.

Convocaron potenciales y energía y trabajaron durante semanas conviniendo el evento, se unieron, reunieron, prepararon y acordaron con la alegría que los caracteriza, todos los pormenores. Y es que ellos aún conservan esa capacidad que ya en muchos se ha perdido. Las ganas de crear desde el asombro la novedad. Y es esa capacidad precisamente, ese empuje, ese entusiasmo, esa facilidad para unir sus manos, sus voces y sus almas en un fin común —sin egoísmo— lo que va a ser necesario para darle vuelta a las sociedades decrepitas y podridas que las mentes decrepitas y podridas han construido. Estos dones se volverán urgentes y precisos si es que queremos otra realidad fluida, ligera, sencilla.

Y ahí llegan, con sus diversos cargamentos y el corazón contento, a instalarse en la hermosa callejuela que les arrendaron por unas horas. Y sí, el pasaje es bello, con su

arquitectura digna de un gran pequeño pueblo del mundo, y ellos con todo y sus cascabeles la embellecieron aún más. La llenaron de risas y colores, acomodaron flores y mesitas deliciosas y una propuesta fresca de esas que sólo a alguien que mira el mundo con ojos sin paño se le puede ocurrir. Reciclar en vez de acumular, intercambiar en lugar de desechar, reutilizar en vez de desperdiciar. Trueque, intercambio, comunidad, unidad en la diversidad.

Cualquiera que pasara por ahí podría evocar sin esfuerzo alguna calle en Barcelona o algún pasaje de la Plata, en Argentina. Incluso la metrópoli más cercana está llena de ferias parecidas y de chicos como éstos. Claro, habrá que haber salido de la pequeña comarca para poder apreciar esas particularidades, o habrá cuando menos que ser un buen lector para tener dentro un mundo más completo y abierto, de lo contrario, se cae en el peligro de ser sólo uno más de esa raza mayoritaria que camina con los ojos tapados, obediente, sin hacer muchas preguntas, enarbolando el miedo a tambalear el status quo; pero ese no es el tema de este texto.

Caminar por ese callejón nos llenó de un humor de lozanía, de paisajes inéditos en una vía conocida y gastada, de la impulsiva alegría de los seres que no tienen prejuicios.

Pero los prejuicios, las mentes rebuscadas y la amargura de los corazones agrios y viejos les cayeron encima. Y con sus dientes podridos, esos que se les pudren a las almas endurecidas por la frustración, se empeñaron en pelear hasta que ellos fueran quitados de allí, sacados, arrancados de esa calle porque “afeaban la perfecta arquitectura”. Perdonen si no suelto una carcajada cuando imagino a su pueblo de malabares habitado de vejestorios andando por las calles. Cabezas canas y caras arrugadas, personas encorvadas y chimuelas, viejos decrépitos a punto de desaparecer con todo y su magia; ¿y los jóvenes de este lugar, en dónde están? —preguntará el último de los viajeros del pueblo fantasma— no hay alma joven que pueda subsistir en un pueblo muerto; ellos intentaron colocar un poco de su sangre vivaz y empeñosa en su terruño, pero se toparon con el desprecio

y la renuencia que las piedras sienten cuando las empujan a moverse de su sitio. Y se fueron. Se marcharon con sus sueños, sus ganas y su fiebre a llenar de cascabeles otras tierras más abiertas y generosas. Y este pueblo lleno de ruidos, donde seguirán sonando las campanas para los que ya no van a misa porque están enfermos o muertos, sigue alzando su arquitectura y su magia para los ojos velados que van rumbo a su extinción.

Mañana parisina

Lucía Cruz Granados

Estábamos resguardados del frío parisino en nuestro minúsculo departamento de acabados en madera blanca, sucia por el tiempo y el uso. Vestido con suéter negro tomó asiento en la silla que daba la espalda al fregadero, atiborrado de trastes sucios. Su ceño fruncido me ordenó hacer lo mismo. Obedecí, ocupé la silla frente a él. A mi derecha estaba la puerta de nuestro hogar, a la izquierda el balcón, con su alta ventana por la que se veía el cielo nublado. En el centro de la mesa había un tazón con fresas maduras, él lo hizo a un lado, poniendo en su lugar su enorme mano, que solicitaba la mía. Yo estaba nerviosa, le amaba sí, pero provocaba en mis entrañas una sensación muy parecida al miedo...

Él tomó una de las fresas del tazón, rojísima entre sus dedos pálidos. Mordió el fruto por la mitad y usó el resto para frotar mi mano lentamente, impregnando su sabor en mi piel. Aquel acto, parecido a un ritual, estaba provocando en mí tal deseo que ya podía imaginar nuestros labios entre incontables besos sabor a fresa... cuando mi mano, frotada por varios frutos a medio comer, estaba ya goteante, la acercó a su boca, lamiendo su obra, chupando cada centímetro. Yo me encontraba cada vez más deseosa de su cercanía, de probar el sabor a fruta madura en sus labios y... llamaron a la puerta, sin esperar respuesta

El Rector entró estrepitosamente, dando grandes zancadas hasta la mesa.

—Tenemos que irnos. De inmediato. —ordenó.

—Pero...

—Nada. Cortázar tiene que dictar una conferencia en media hora.

Desde el balcón, recargada en la baranda, vi cómo se alejaban por la calle. Adiós a mis deseados labios sabor fresa...

De pronto abrí los ojos a una mañana soleada, estaba en mi cama, aturdida entre mis mantas tibias y recapitulé la escena. Me reí a gusto, a carcajada abierta, al comprender lo absurdo de tal sueño y la imposibilidad de casarlo con la realidad, pues Cortázar está muerto y yo lejos de París.

Dulce derrame

Luis Carlos Hernández Cuevas

Él la vio, sola e impasible. Su voluminoso cuerpo despertaba en él el más pasional de los deseos.

Una luz tenue ambientaba la habitación, mientras un blues musicalizaba el viento. Él se acercó a ella. Tomó su cuerpo con delicadeza e inhaló el cítrico perfume que emanaba de su piel. Dedicó unas palabras de agradecimiento al cielo y comenzó a quitar los ropajes que ocultaban su dulce intimidad. Lentamente, y con esmero, fue develando su aterciopelada piel, que aun con imperfecciones, era hermosa. Con la punta de sus dedos acarició la más fina capa. Besó y probó cada una de sus exquisitas y húmedas partes, anhelando no terminar jamás. El jugo se derramó por sus labios, dejándoles un dulce sabor.

Cuando su acto hedonista terminó, él comprendió la efimeridad del placer, observando la anaranjada cáscara en la basura.

錢湯 *Sento* (Baño público)

Ana Luisa Oregon

Y allí estaba, de pie, correspondiendo la mirada, o centrando su atención a cualquier detalle que se encontrara en el escenario. En ningún punto de su vida se imaginó en semejante situación: frente a una señora que sin pudor esperaba que se quitara la toalla antes de sumergirse en el agua burbujeante.

—Mire hacia otro lado —suplicaba. ¿Qué tanta curiosidad podría generar una piel morena y un poco de sobrepeso?

—Ayúdame —dijo dirigiéndose a su amiga.

—Ya, nada más entra rápido.

La muchacha vio a la señora que parecía petrificada, mirando con descaro. —¿Qué le pasa? —atinó a quitarse la toalla y sumergirse lo más rápido posible. —Ah, está caliente. Ya, ven Sofi. —dijo con pena.

Visitar un baño público después de una tarde como aquella sonaba perfecto dentro del itinerario del viaje. Aunque no podía evitar pensar que además de un baño en aguas termales, también significaba conocer más a fondo a su acompañante.

Llegando a la ciudad de destino, se instalaron en el departamento que habían alquilado, cansadas por la travesía se recostaron en la sala. La primavera apenas se asentaba, pero el frío todavía se filtraba por las sudaderas de cualquiera. Caminando hacia el baño público, se detuvieron ante la fachada que resaltaba con grandes anuncios de neón y nueve pisos de altura. Entrando se quitaron los zapatos, sus pies casi temblaban por el nerviosismo persistente.

Ya en los casilleros, dejaron sus pertenencias quedándose sólo con toallas y un reloj. Se dirigieron a los baños, topándose en el camino con un par de chicas con nada encima.

—Creo que no voy a poder salir así.

—No pasa nada —respondió su amiga.

Llegando al lugar de los estanques calientes, multitud de mujeres se movían de un lado a otro: saliendo o entrando al agua, platicando sobre algunas sillas, o bañándose en el área de regaderas. Lo único a lo que atinaba era buscar un lugar para guardar sus toallas y tratar de reunir el valor para dejarlas a un lado. Regresó a ver a su compañera: no sostenía la tela alrededor de su cuerpo. Su nerviosismo aumentó.

Caminando al lado de su amiga se sentía segura, capaz de enfrentar lo que se les presentara. Luchaba internamente por controlar sus gestos y guardarse la excitación de encontrarse en tal lugar, rodeada de cuerpos desnudos. Había estado esperando ese momento desde hace tiempo, y lo degustaría lentamente. Observó que su amiga se dirigió al área de duchas. Al recorrer el camino hacia allá sintió algunas miradas atentas, ¿querían ver anatomía distinta?, miren este par de piernas, el color de mi piel y los senos que se mueven, invitando... Se duchó rápido, viendo el espejo rectangular que cubría sólo el espacio de los ojos. Apenas se acabó de enjuagar cuando notó que su compañera ya no se encontraba cerca. Se levantó, volviendo a sentir las miradas y se encontró con una escena ridícula: Rocío a punto de meterse al agua, frente a una señora que no le despegaba la vista.

—Ayúdame —dijo...

Después de un rato de estar platicando, intercalando los estanques y agua más caliente o más fría, decidieron moverse al piso siguiente. Rocío se había vuelto a cubrir con la toalla. Cosa que pasó a segundo término después de entrar a una sauna en la que había una mujer haciendo yoga. ¡Oh Dios! No pudo evitar exclamar para sus adentros. La verdad es que no se había atrevido a confesar su inclinación sexual, con razón de posibles situaciones incómodas. Pasó al lado de la chica concentrada en su ejercicio, aunque observando de reojo.

Desde hace rato que estaba impresionada de la confianza de Sofi. En cuanto llegaron al área de baño se había quitado la toalla. Además, ¿cómo es que podía tener tan poco vello público? Seguro había ido a alguna clínica de belleza en Argentina. Se trataba de su primera experiencia en un sentó y estaba decidida a vivirla plenamente, aún cuando le estuviera resultando difícil mostrar su cuerpo. Caminó hacia las duchas y condujo a su compañera. Se bañó y dirigió a la tina más atractiva protegida por su toalla. Rápido subió escaleras y trató de sumergirse, cuando se encontró con una mirada que la escudriñaba sin pudor.

La vorágine

Luis Carlos Hernández Cuevas

Natalia se mojaba las ganas en el café imaginando la anhelada noche. Aprovecharía para cubrirse entre sábanas y pieles masculinas. Cuando pensaba en ello sus muslos se frotaban al ritmo de un mambo y los pezones se le elevaban al cielo. Todo estaba bien cuidado. Cada centímetro de la casa quedó reluciente. Sobre su cuerpo se festejó un espectacular desfile de jabones, lociones y perfumes. Pero antes de la visita se dejó entregar a Morfeo.

Cuando despertó la cama estaba mojada. El huracanado deseo había inundado la habitación. Del techo caían rítmicas gotitas saladas. Afrodita en forma de vorágine había empapado las paredes y los muebles.

Intentó secarlo, pero seguía goteando. Ya cansada pasaba el trapo por los muebles, hasta que poco a poco comenzaban a secarse.

Sonó el celular. Era un mensaje: "no podré ir". Paró de gotear.

Ojo por ojo

Román Villalobos

Entré a una serie de túneles y laberintos. No todo en la literatura es simbólico.

Me dirigí a la habitación del lama. Incienso y resina. Banderas de incendio señaladas con colores estratégicos. El fuego que es de colores, pero revertidos. Me siento en el zafu que me obsequió mi maestro cuando aún me encontraba estancado en un trabajo de mierda. El lama hizo como que leía las marcas de mi mano, pero sólo abrió su tercer ojo para hacerlo resplandecer. Tomó la palabra para hablar del trabajo precarizado. ¿Cuántas semanas tienes cotizadas en el IMSS? Ninguna. Coloqué mis manos sobre mi corazón y bajé la cabeza a modo de saludo. Ninguna, volví a decir.

Permanecimos tres horas en silencio. Llegó la luna y se embarró por todo el panorama. Me dispuse a cambiar el agua del cuenco. Por treinta días con sus noches. Y todavía tuve que sumar el tiempo de los sueños. Camino sin fin, sin puerta, semipermanente. Irrumpió de vuelta el lama para servir el arroz blanco, grano por grano, y esperar a que lo comiera de la misma forma. Dentro de cada grano hay un dios, leí una vez. Pensaba en aquel trabajo, donde fuimos el último eslabón, el más precario. Debí largarme cuando pude, pero no supe a dónde. No confié. No crucé la calle a mitad del semáforo. Entre el color amarillo y el verde, yendo en reversa, cruzando los ojos no para ver, sino para olvidar lo visto. Después de un mes, el lama volvió a tomar la palabra. Incienso, resina, humo, dejar pasar las cuentas.

Ese lugar, que tú llamas la universidad desconocida, ya no existe más que en tus añoranzas. El espacio que conocemos no es local. Sólo como interacciones de energía en lo celular profundo. Es un momento entre el antes y lo consecuente. Sólo les sirves para llenar algunas estadísticas, limpiar parámetros, lograr certificaciones y educar la casa para las visitas. Pero las visitas ya no quieren venir.

Escuché el discurso del lama y me arranqué los ojos para devorarlos. Pero no hay camino para el drama entre las nubes del tiempo, las difusas que te vuelven invisible. Entonces puse los ojos en sus cuencas otra vez. No amo mi alma mater, no tiene un fulgor abstracto ni inasible. No le daría la vida. No puedes devorar algo que no es tuyo, me fue dicho. No puedes dar algo que no es tuyo. No daría la vida por cierta gente. Entonces hazme alcanzar la iluminación de una perra vez y déjame ir. No puedes iluminar algo que no es. ¡Pude prever la respuesta! Había leído todas las colecciones de relatos.

Hay dos o tres personas a las que todavía podría saludar sin problemas en las instalaciones de la universidad desconocida. Los demás están afuera, viviendo el mundo que de verdad existe, algo que no puede medirse más que con el cuerpo. No derrumbamos (¿o sí?) las cuestiones políticas que siempre nos rodearon. Permanecimos días y días en silencio, pero no consecutivos. El lama quiso ver mi kárdex, así que desempolvamos la vieja computadora. Las bombas caían a nuestro alrededor, y no por eso dejé de recibir invitaciones para participar en las nuevas antologías, las definitivas. Imagínate el caos de elegir, de saber a quién invitar y a quién dejar fuera, la gente que se molestará por ver ciertos nombres incluidos y otros tantos fuera. Ustedes, los distraídos, son patéticos, me dijo el lama. Eres un patético de buen promedio, ¿de qué te sirve en el mundo de verdad? De nada, le dije, mientras hacía mi enésima reverencia; de nada, pero eso yo ya lo sabía. ¡Siempre sabías todo, siempre sabías todo y aun así haces una barbaridad tras otra! Pero si no hay algo o alguien que haga, maestro. Y me lanzó por el filo de la barranca hasta casi darme muerte.

Tardé treinta días en regresar a la cima. Cuando me vio de regreso, lo primero que hizo fue extenderme su mano. Había pasado una prueba, pero no supe cuál. ¿Entrarás a la academia? ¿A la academia de qué? A la academia de los estudios de literatura, a la academia de los estudios de humanidades, a la academia de los estudios de ciencias sociales.

No puedo, le dije, tengo que trabajar.

Cien mil garzas de plata cruzaron el cielo justo en ese momento. Supe la cifra porque las contamos. Tengo que buscar mis semanas cotizadas en el IMSS, que salieron corriendo en cuanto tuve la preocupación de ellas y por ellas. Como las salamandras de fuego de mi antiguo maestro, dijo el lama, poniéndose a llorar.

Yo llené la jarra de agua y luego el lama la tiró. Yo bebí el agua gota a gota en medio de la tierra sucia de color rojo. El hierro de los despojos bélicos. El hierro de llamas de fuego hechas tierra o materia fija. ¿No tienes nada que decir sobre la gente que quiso hacerte daño? Shh, le dije, sobre esto no voy a decir ni una palabra. No voy a decir nada sobre algo que no me corresponde. No voy a intervenir en el proceso del búmeran. No todo en la literatura es simbólico. Sólo puedo hablar de la lástima que siento. No te vas a morir junto con el resto. Ahora necesito purificar mis palabras. Necesito irme de retiro al interior de lo más profundo de mí mismo.

Prendimos el incienso, la resina, el humo, el aceite de esencias impronunciables. El gobierno da becas al por mayor, no estudias una maestría porque no quieras y porque, por supuesto, no puedes. Todo lo sabes, ¿verdad, vidente oriental?, sólo preguntas para humillarme. No vine a demostrarle nada a nadie. No hay un alguien que tenga que demostrar. No hay un alguien a quien demostrar nada. No tengo un vacío.

¿Qué es ese tono en el que hablas?, dijo el lama, y amagó con lanzarme de nuevo al vacío verdadero: la orilla de la barranca. Tranquilo, namo lama chaktsel loo; laude, me inclino ante el lama. Me sumí en la selva más tranquila, de ramas negras y podridas, de firmes flores azules que brillan entre la porquería más honda. Ahí nace lo que verdaderamente se

proyecta del final de la mente a su inicio. De todos modos me quedo atascado como en mi primer trabajo. Se me cuelga una espina de rosa y le digo: vade retro, hija de perra, no toques mi éter con tu neurosis de mierda.

Pero de los laberintos ya nadie habla. La verdadera soledad se compra. Múdate a Guadalajara, deja ya la Villa de Santa María. Aquí ninguna virgen pare hijos mágicos de historicidad en jaque. Múdate a México-Tenochtitlan. ¿Para estar colgado una hora y media del metrobús, en promedio? Bótate a la verga. ¡Pero en la villa ni siquiera hay lagos! (Risas grabadas).

Cuarenta mil cuarenta y cuatro monos cruzaron corriendo por la colina, abriendo plátanos en canal. Lo sé porque nos pusimos a contarlos. ¿Desde cuándo los monos dominan el lenguaje del odio? Me enseñaron los dientes. Surprise, motherfucker. Maté a tres monos de una sola mirada. De sus restos se multiplicaron las larvas que me van a comer cuando me muera. Viva el pueblo mágico, viva la universidad desconocida, pero prohibido hablar de los laberintos. Mi currículum, tres veces impreso, tres veces enviado por correo, duerme el sueño eterno hundido en el polvo, en una oficina que se parece a otra que se parece a otra. Dije que te prohibía hablar de los laberintos. Voy a lanzarte ya no por la orilla de la barranca, sino a través de ella. Y estarás ardiendo. Y formarás una espiral de fuego.

Ya se acerca la hora de volver al trabajo. Pondré una serie de actividades frente al aula y luego me sentaré a refrescar páginas en la computadora. Con cada movimiento de mis alumnos, los fantasmas dejarán parpadear la muda del verano. Suelen cambiar de escamas de la mano del barrido del sol. ¿Cuántos fantasmas hay estudiando en la academia? Pues mira, me dice el lama, yo conozco a varios muertos en vida. ¿De qué está hecho un paper, lama? ¿De qué está hecha una tesis de doctorado? De lo trascendente, de lo que fluye, de lo que no permanece. Sí sé, me acuerdo que esta estrella va a reventar como las otras. Le voy a prender un cirio a la culera, para que cuando todo reviente, sobreviva una cápsula con mis textos menos jodidos.

El lama me raja la cara de un manotazo. Un dos tres por mis textos menos culeros y los de mis amigos. Eres un cobarde, no quieres moverte de ciudad. Entonces prendíamos el incienso. Te da miedo el riesgo, te da miedo crecer. No hay crecimiento sin crisis. Si le preguntas al árbol, duele la savia, duele alimentarse. ¿Te da miedo el riesgo? ¿Te da miedo crecer? No, cabrón, me dan miedo las rentas de nueve mil pesos.

De cualquier forma yo vine acá traído a la fuerza. Abandona la universidad, hijo mío, abre un puesto de comida y enriquécte. Lee libros, planta árboles, visita un OXXO y haz depósitos y llévate abundantes promociones. Las bombas seguirán cayendo, nada hay en mí que pueda detenerlas. Porque en el fondo, nada hay, me dijo el lama. Yo sólo pude contestarle, por última vez, te estoy buscando, guía de mi espíritu; da ki denpe tsik nam drubpar gyur chik, que mis palabras sinceras sean cumplidas. Y entonces cerré los ojos y dejé pasar las cuentas, otra vez.

Rutina

Lucía Cruz Granados

El Uber está a tres minutos de distancia. Llaves, celular, dinero. Me cercioro de llevarlo todo. JPZ5512. Reviso la matrícula, examino el rostro del que pregunta por mí, compruebo el modelo y color del auto. Abordo por el lado derecho, el asiento más alejado del conductor, ninguna precaución está de más. La radio encendida en el noticiero vespertino. Semana violenta. Se registraron cinco asesinatos sólo hoy. Miércoles violento. Tres muertes más por accidente de tránsito. Dos cuerpos en descomposición encontrados en veredas apartadas. El conductor me mira por el retrovisor. Sé bien que al salir sola a la calle lo más prudente es no ir bien arreglada, como voy ahora... Reviso el celular para verificar que me esté llevando por el camino correcto: el cochecito virtual no avanza. Me pongo nerviosa. Noto que no lleva su celular en el tablero, como todos los conductores, no veo en su móvil si va sobre la ruta indicada. Se ha puesto gafas de sol. ¿Lo habrá hecho para que no me dé cuenta de que me mira por el espejo, o porque en serio le molesta la luz del sol bajo? Veo a través de la ventana del auto, como para comprobar que es una tarde soleada, mi mirada se topa con un camión de carga que lleva montones de bolsas negras repletas, ¿de qué? Mientras lo rebasamos me pregunto, y me respondo que, seguro en alguna de ellas, hay restos humanos putrefactos, goteantes, como encontraron esos dos cuerpos hoy. Él me mira otra vez por el retrovisor, sus lentes oscuros no lo son tanto como para ocultar ese gesto; por suerte mi

celular no ha dejado de sonar, recibo mensajes de mis amigos, de mi novio, notificaciones de redes sociales. Que sepa el hombre este que no estoy sola, ¿o sí lo estoy? Sigue sin poner su teléfono a la vista, está mandando un mensaje de voz, la mayor parte de sus palabras quedan ahogadas por el volumen de la radio, sin embargo no se me escapa que menciona el lugar de mi destino, ¿qué trama? Me inquieta aún más que conduce a gran velocidad, a una mano. Haré una llamada, sí, me aseguraré de que escuche, sí, que sepa que me esperan, que sepa que no estoy sola, ¿o sí lo estoy? En medio de este río de autos este sólo es uno más, que bien podría desviarse de repente... La voz del noticiero habla de los casos de dengue, van en aumento, se toman medidas para evitar la proliferación de los mosquitos. El sector salud no da el ancho... La llamada, sí, yo iba a hacer una llamada. Hola, ¿ya llegaste? (me dice que no) ahí espérame, no tardo en llegar (la voz del otro lado se turba) claro, claro, no desesperes, ya estoy cerca. Ciao. ¿Me escuchó? No estoy sola, no estoy sola. Si no llegara me buscaría, pero ¿dónde? Compartí mi viaje con un par de personas, si desaparezco me buscarían, en mi celular quedaría la huella de mi trayecto, ¿y si alguien destruyera mi celular?

Ha llegado a su destino. Pago en efectivo la cantidad exacta. Al cobrarme el conductor se pone amable, lo suficiente para no sonar grosero, lo mínimo para no incomodarme. Todavía al bajar alcancó a escuchar que en la radio anuncian lluvia inminente. Llevo un paraguas en la mochila. Ninguna precaución está de más.

Justicia terrenal

Dante Alejandro Velázquez

Toda la vida quiso tener una camisa rojo minnesota. Cuando joven no pudo comprarla, pues era su madre quien seleccionaba la ropa diciendo "esto se te ve mejor" y lo vestía con esas espantosas playeras polo a rayas.

Por fin un día fue independiente y se prometió tener una, pero en dieciséis años de búsqueda por tiendas de departamentos, bazares y tianguis, jamás la encontró. Había escarlata, carmesí u óxido, pero rojo minnesota no. Algunos dependientes de boutique se esforzaban tratando de convencerlo: "esta es rojo tikal y se te mira nice", "caballero, le sugiero un rojo moscú, la moda en Europa" o "¿desea probarse un rojo zacatecas, jovenazo?". Otras personas lo juzgaban de loco. Déjate de pendejadas, la ciudad de Minnesota ni siquiera tiene casas rojas, decían sus amigos y eso le entrustecía.

Al salir de la oficina, este mediodía, fue víctima de un asalto. Como se resistió, lo apuñalaron en el pecho y cayó desangrado. Antes de expirar sonrió, pues notó una gotita de rojo minnesota en la húmeda tristeza de su camisa.

Tinas de baño

David Barajas Pineda

Aquel lugar en el que me encontraba me resultó familiar por el vitropiso beige y blanco. La sala de estar estaba vacía y todo parecía impecable. Las paredes blancas, persianas blancas y cortinas blancas. Recordé que mi tía alguna vez explicó que su casa ideal sería un sitio más o menos parecido a este: sí, el blanco es un color muy elegante en una casa, pero muy difícil de mantener limpio, por eso, cuando tenga mi casa combinaré con colores similares, ya sea un color salmón o café claro y quizás un gris. De muebles ni hablar, me gusta lo minimalista y ahí entramos en otro debate.

La verdad es que poco me interesó aquel día esa conversación, pero de niños todos tenemos una especie de antena que puede atender diferentes espacios, aunque parezca que uno está concentrado sólo en lo suyo. Es decir, uno puede estar jugando futbolito mientras escucha que su hermana llora porque no encuentra sus colores, que su madre ha olvidado el medio kilo de tortillas en la tienda o que se le acabó el gas, y que la tía sigue empeñada con plantear lo “ideal” en todas sus conversaciones; el tema de hoy: “el color ideal de las casas”.

Mientras todo esto inundaba mis pensamientos recorría aquel lugar de manera lenta. No había sonido, ni gente, sólo una luz artificial incandescente. Abrí la puerta que se encontraba del otro extremo y me di cuenta —por el olor a jabón y el piso mojado— que era el baño. Pero no era un cuarto de baño habitual, sino que era tres veces más grande

que el espacio en donde estaba y que estaba dividido en dos pisos. La puerta por donde entré era la del segundo piso y enseguida a mano derecha estaban las escaleras que llevaban hacia la parte central en donde había varias tinas y regaderas, así como toallas, jabones y espuma por el piso.

De repente, un hombre emergió de una de las piscinas, como si esta fuera muy profunda. Me asusté y en un esfuerzo por no resbalar caí en la tina que estaba detrás de mí, pero para mala suerte estaba vacía y el golpe me provocó un ligero chipote en la cabeza. Mientras tanto, el hombre secaba su cuerpo con una de las toallas que estaban en un mueble del otro lado de las escaleras, yo observaba desde la tina escondido, con la esperanza de no ser descubierto, fue entonces cuando me pregunté qué hacía realmente yo ahí, en una casa extraña y grande, y quedé anonadado por no habérmelo preguntado desde un principio.

Cuando menos lo esperé, el hombre estaba parado enfrente de mí pero su mirada se dirigía hacia otro lado. ¿A caso no podía verme? ¿Se quedó paralizado? No quise hacer ningún movimiento, a lo mejor era ciego, así que traté de no hacer ruido. Mi respiración era lenta y no tan profunda. El hombre continuaba parado a lado de mi tina, mirando a no sé dónde. En breve, sonó un teléfono celular y el hombre con extrema habilidad reaccionó y corrió hacia donde estaban las toallas y atendió la llamada.

Salí de la tina para buscar una salida, pero en breve la habitación se había llenado de vapor, imposibilitándome avistar otra cosa que no fueran las tinas. Caminé lento con la intención de pasar desapercibido, el hombre seguía hablando, pero me di cuenta que no entendía de qué hablaba. Presté atención para identificar qué idioma era, pero no me parecía familiar, ni inglés, ni polaco, ni griego o ruso. A decir verdad, las expresiones que utilizaba nunca las había escuchado, en vez de palabras parecían ruidos de animales, quejidos y soniditos que alguna vez hice con la boca llena de saliva para divertirme cuando era niño. ¿Será que si algún día descubrimos vida en otro lugar que no sea la tierra,

nuestras formas de comunicación resultarán similares a lo que pienso del lenguaje de este hombre?

De pronto, el vapor se dispersó rápidamente, dejando al descubierto al hombre con su teléfono y a mí en contra esquina de donde él estaba. Había dejado de hablar. Otra vez estaba estático, su hermetismo se imponía junto con sus expresiones hieráticas. Para calmarme traté de compararlo con un maniquí, de esos que aún no les han puesto la ropa. El hombre era de piel morena, pero de un tono uniforme, no variaba de color en todo el torso. Seguía con la toalla puesta, y miraba —nuevamente— a no sé dónde.

Comenzó a caminar hacia mí y mientras lo hacía partes de su cuerpo se caían en la espuma y a los pocos instantes se desvanecían. Primero fue una mano, luego un brazo, yo caminaba hacia atrás para ir hacia la otra puerta que estaba en el primer piso del cuarto de baño, y mientras más rápido caminaba más rápido las extremidades del hombre se caían y se desvanecían. Luego fue un ojo, su boca y sus piernas, pero seguía en movimiento con el único brazo que le quedaba. De ser un hombre atlético pasó a convertirse en un ser amorfo, ya no tenía rostro. Yo empecé a correr intentando alcanzar la manija de la puerta, al llegar la abrí de forma violenta y la cerré con seguro. Se escuchó un manotazo y el sonido del último brazo que tenía cayendo al piso. Cerré los ojos y tomé aliento.

Cuando los abrí, estaba de nuevo en la parte superior del cuarto de baño, pero esta vez pude ver al hombre y a mí mismo mientras corría por encontrar la puerta que recién acababa de cerrar.

Serenata

Diego Inés Álvarez Méndez

Lo mataron en noviembre de ese año. Pedro Torres andaba noviando. Se llevaba un violín todo desafinado y echaba serenata según él. No sabía tocar pero había comprado el instrumento por las ganas de enseñarse.

Ese día, por el empedrado que baja de Magueyes, se oían los taconazos de Pedro. Fueron las parientes de Porfiria las últimas gentes que saludó.

—Ya me voy porque me vienen siguiendo.

—Ándale pues, para que le quites el pendiente a tu mamá. Estaba por pedir la mano de la novia, pero su primo hermano también la pretendía. Se resolvió todo cuando los pasos de uno alcanzaron al otro. Al ratito se oyeron los balazos.

Cayó de frente en la calle junto a la parroquia. El cura que escuchó las descargas, puso a Pedro boca arriba.

—¿Me alcanzas a oír? Si me alcanzas a oír apriétame la mano.

Pedro apretó.

—¿Perdonas al que te hizo esto? Pedro volvió a apretar.

A unas cuadras los violines de un mariachi hacían eco de una serenata.

Una llamada

David Vital Muñoz

Lamujerqueamésehaconvertidoenfantasma.Yosoyellugardesusapariciones.

J. J. ARREOLA

Had I the heavens' embroidered cloths,
Enwrought with golden and silver light,
The blue and the dim and the dark cloths
Of night and light and the half-light,
I would spread the cloths under your feet:
But I, being poor, have only my dreams;
I have spread my dreams under your feet;
Tread softly because you tread on my dreams.

W. B. YEATS

Hace un año que asesiné a mi esposa y el recuerdo que de ella tengo me persigue incesantemente. El hecho fue insospechado para nuestros familiares porque sabían que la amaba, pero inminente para mí. La amé y la seguiré amando hasta la muerte. Hay una orden de aprensión contra mí. Estoy siendo perseguido por la justicia, y también por mis memorias del pasado. Cada noche, al cerrar los ojos, la puedo ver, la puedo sentir y escuchar. Cada vez que pienso en ella su imagen se

me presenta como una manifestación física: mi cuerpo se baña en sudor y mi corazón se agita.

El asesinato tuvo lugar el día de nuestro aniversario de bodas, en un cuarto de hotel en el centro de la ciudad donde hicimos el amor por primera vez. Fumaba con avidez en mi vieja pipa, mientras escuchaba *Islands* de King Crimson, (mi álbum preferido por el tono melancólico y nostálgico que tiene). Apenas terminó de reproducirse el álbum cuando mi esposa me llamó por mi nombre, me abrazó y me besó. Comenzamos a hacer el amor. Tuve miedo, pero de igual forma lo hice. Mientras avanzábamos nos susurrábamos palabras al oído. Perdí el temor hasta estar plenamente decidido. Llegando al orgasmo, ella dejó de respirar. Poco antes de apretar su cuello, le susurré al oído: "amarte es como amar la muerte".

El acontecimiento que motivó el asesinato había ocurrido una semana antes. A eso de las dos de la mañana recibí una llamada. Desperté amodorrado por el timbre del teléfono y contesté de prisa para no despertar a mi esposa. Dije: "Bueno", pero nadie contestó. Se escuchaba un leve respirar por la bocina, "Bueno" dije de nuevo y otra vez nadie contestó. Justo cuando iba a colgar, la voz al otro lado del teléfono habló: "Amarte es como amar la muerte". Recuerdo la voz con nitidez, era la misma voz de mi esposa, no podía ser la de nadie más. Sin darme oportunidad de responder, me llamó por mi nombre, me dijo que me amaba y que quería celebrar nuestro aniversario de bodas en un viejo hotel del centro de la ciudad, aquel que frecuentamos tiempo atrás. Me dijo también que me contaría un sueño.

En este momento colgué. Estaba sorprendido. Mi esposa se despertó, me preguntó con quién hablaba y por qué me veía tan perturbado. Fue imposible disimular mi estado, estaba bañado en sudor. Le mentí para no asustarla, le dije que hablaba con mi hermana sobre nuestra difunta madre, y que además había tenido un sueño turbulento. Fue entonces cuando ella me contó que también había estado soñando. Me abrazó y me dijo con un tono profundo y tierno que en su sueño estábamos haciendo el amor y le susurraba palabras

al oído. Dijo también que su vista se nublaba, que veía cómo me levantaba de la cama, iba hacia el balcón del cuarto hasta que me desvanecí con las luces de la ciudad.

Sigo buscando las razones de mi acción. Todavía no las encuentro. Otra vez he vuelto a soñar.

La muerte de improviso

Marina Elizabeth Ortiz Pérez

Este es el día de mi muerte. No tiene nada de especial. Ni siquiera es como que lo esté intuyendo. No he hecho esas cosas raras que dicen que hacen las personas que están por morir, como reconciliarse con la gente o poner algo de orden en su existencia. Todo lo contrario.

Doy un portazo al salir de casa. Mi madre y yo acabamos de discutir, como diario desde hace unos meses. No, no puedo dejar más dinero para la leche, si lo hago no me va a alcanzar para los camiones y la comida de hoy. No sé, yo tampoco ajusto ya, qué hago si apenas voy a media quincena. No, no me da pena dejarle encargado a mi mocoso, yo cuidé muchos años a sus hijas y dejé de hacer muchas cosas para que ella trabajara. No, no le agradezco que nos haya mantenido con tantos sacrificios, mi papá se fue por culpa de sus pinches amarguras. ¡Y qué si me embaracé estando borracha! ¡Y qué si ni siquiera supe el nombre del papá del chiquillo! ¡Ah!

¡Sí! ¡Pues puedo ser todavía más puta! ¡Claro! Claro que yo también estoy harta de esto y claro que me voy a largar de aquí en cuanto pueda, como ya lo hicieron las cabronas de mis hermanas. Pero hoy no puedo, no puedo largarme y no tengo más dinero. Ya me voy a la chingada.

Bajo corriendo los cuatro pisos del edificio. Hasta acá escucho todavía sus gritos. El llanto de Emiliano me parte el corazón.

No, por favor. Qué hace en la esquina esa vieja metiche, no quiero ni siquiera saludarla. No, no sé quién dejó esa bolsa

de basura ahí, nosotras la sacamos antes de que pasara el camión. Sí, al bebé ya se le quitó la diarrea. Qué hipócrita me siento diciéndole que gracias, disculpe usted, se me va a hacer tarde y ahora sí, adiós bono del mes. En este lugar los vecinos se enteran hasta cuando estamos sonándonos los mocos.

Para ser el día en que muero, parece demasiado ordinario. Demasiado fastidioso.

Qué hace ese don ahí parado, en medio de la banqueta, como si la calle estuviera muy ancha. La cotidianidad en sí misma es un obstáculo desagradable para llegar... Llegar...

¿Al trabajo? No. Tampoco a la hora de la comida, para apresurarse antes de que la gente fume en el comedor. Ni a la noche, cuando hay que regresar a verle la jeta a mi madre y a escuchar los llantos de Emiliano. Ni a los cinco días de vacaciones, en los que no podré escapar del teatrito este de hogar improvisado. ¿A dónde estoy esperando llegar? ¿Cómo fue que mi sueño de ser azafata y vestir elegante y viajar a muchos lados y sonreír todo el tiempo a los pasajeros...?

¿Cómo la imagen de ese piloto buenísimo que me seduce en el baño del aeropuerto antes de partir hacia el otro lado del mundo...? ¿Cómo esa casa con jardín que rediseñé tantas veces en mi imaginación hasta que quedó como de revista...?

¿Cómo fue que todas esas ilusiones se diluyeron en esta desesperanzada sala de call center, en esta silla que le cobra tan caro a mi espalda, en este escritorio con esta computadora y esta diadema con micrófono que me obligan a jorobarme cada vez más?

Sin embargo, el asco que siento ante mi rutina no me da suficiente presencia de ánimo como para siquiera desear morir. Quizá, cuando Emiliano sea un poco mayor, yo pueda conseguir un mejor empleo y mudarme, no muy lejos. Mi madre y yo nos queremos, a pesar de tantos insultos. Y nos necesitamos. Y nos apoyamos, a pesar de todo, cuando las cosas se ponen más difíciles. Eso me hace creer que puedo continuar y salir tarde o temprano de este chiquero. Emiliano merece una buena vida, un hijo mío merece todo lo mejor, todo el cariño, toda la atención, todos los momentos y las

cosas que yo quise de niña y que no tuve. Yo no tengo mucha energía, y mi madre no se esfuerza lo suficiente ahora que la necesitamos. Ella ya está jubilada. Ella tiene una entrada segura y ya no paga renta.

Yo tengo que salir todos los días a intentar alcanzar el camión para llegar a checar a tiempo. Tengo que dar la cooperativa para lo que sea que se nos ocurra preparar entre todas, ahí en la cocineta. Tengo que escuchar a esos gringos molestos y estúpidos, gritándome con sus acentos extraños, a causa de las fallas en su nueva compu gamer.

Entonces, yo también le grito a Emiliano. Yo también lo siento como una carga insoportable. Yo también pienso que me excedí esa vez en la fiesta. He conseguido lo que me busqué. Algun día, algo he de poder hacer, pero morir no está en la lista de opciones.

El camión pasa de largo, va hasta el culo. No tengo para pagar taxis. O bueno, ahorita sí. Pero luego cómo le hago el resto de la semana. Pasan otros diez, doce minutos. Otro camión que acelera en vez de parar. Cada vez hay más gente esperando. No debí responderle nada a mi mamá antes de salir. Y luego, esos dos minutos que la vecina me robó me terminaron de pasar a joder. Odio tomar el camión. Odio ir embarrada con todos esos desconocidos que bajan tan sólo una parada, dos quizás, antes que yo. Ni cómo sentarse. Ni cómo dormitar. Odio al chofer que viene manejando el camión que pasa: sí tiene espacio y de todos modos le vale y se va. Intento correr para alcanzarlo, pero las piernas no me dan. Le rayo la madre. Doy dos, tres pasos, de espaldas, sólo eso basta para ponerme en el camino de ese tipo que conduce como alma que lleva el diablo, para que me aviente del otro lado, para caer y estrellar mi cráneo contra el pavimento, con un espectáculo igual de colorido y desordenado que el de la sandía que tiré desde la ventana, aquella vez que mi mamá se rió de mí y me dijo que Emiliano es aún muy pequeño para comerla.

Virus

Nora Sánchez

Al final, con o sin precaución,
con o sin amor, ya estamos muertos.
José de la Serna, «Napalm».

I

«A Nora Sánchez la mataron los sicarios». Eso dicen los periódicos. «Veintitantes balazos en el cuerpo y otros tantos desperdigados en el suelo», lee el vendedor de la tienda de abarrotes mientras señala la foto, en primer plano, de la niña agujereada.

—A mí se me hace que fue de lejos, sino pa' qué tanto desperdicio de balas.

—En algo debía andar metida, nomás mírale la faldilla que apenas y le cubre las nalgas.

—Con esos tipos no hay que meterse, es mejor sacarles la vuelta.

Y la clientela sigue leyendo el resto de páginas, olvidando casi de inmediato la noticia que por poco y se pierde entre anuncios publicitarios.

II

A Nora Sánchez le pagaron quince mil pesos por pasar tres kilos de coca desde Piedras Negras hasta Eagle Pass. Setenta y cinco sorjuanas por algo sencillito, considerando que ya tiene medidos a los gringos uniformados. Ya ni siquiera le jugaba al burrito de carga: el descaro le permitía pasar los paquetitos guardados nomás en su mochila desgastada del PRI. Así, como si fueran libros de la escuela. La sonrisa cuádruple de Peña Nieto, en un vergonzoso intento de pop art, protegía a los lingotes encintados desde adentro.

Pasar coca era un trabajo rápido, fácil y rentable: con hacerlo una o dos veces por mes ajustaba para la despensa y hasta para algunos gustillos menores —tiempo en el cyber, libros de la EMU, discos de segunda, nieve de la buena o cualquier otra tontería de esas—. Es como si pagaran a cuatro mil pesos la hora, más de doscientos salarios mínimos.

Cómodo, sí. Pero esta vez fue diferente.

Cruzaba la frontera caminando, no en coche como los turistas: así despistaba y hasta llegaba más rápido. Pero hoy había algo raro, desde el viernes le empezó un malestar: la fiebre le iba y venía a ratos, ni el paracetamol disuelto le quitaba la jaqueca y no podía oler nada. «Ha de ser por el cambio de clima, lo mismito me pasó por estas fechas hará ya unos dos años. Nomás tengo que apechugar», pensó. Y siguió el camino que ya había recorrido sabe cuántas veces.

III

A Nora Sánchez la pararon en el puente.

—Pasaporte, a qué viene y cuánto se queda. Lo de siempre.

—Orita no estamos dejando pasar turistas mexas, lo dijo Trump hace cosa ya de tres semanas.

—Nomás hago una entrega y me retachó.

—Pásale, pues.

Sello de entrada a cambio de billetes verdes. La nalgada y las miradas obscenas de los guardias fueron el pilón. «Pinche falda, no me la vuelvo a traer».

IV

A Nora Sánchez le dieron ganas de toser en el camino pero se las aguantó, así como cuando se ahogaba a plena misa o en el salón por vergüenza a interrumpir.

Eso era cuando todavía iba a clases.

Ahora todo es virtual, pero ella ni computadora tiene. Va a usar los quince mil para comprarse una y para mandar a instalar internet en su casa. El dinero de entregas pasadas lo había usado en adoquinar, en meter azulejo y en comprarle uniformes a sus hermanos. «Que sin uniforme no pasan a la escuela, puta madre». Y ahí se le había ido hasta la morralla. Pero esta paga la va a usar en eso: en el aparato y en la conexión. Quién sabe si hasta Colinas lleguen los cables.

V

A Nora Sánchez se le alentaron los pasos conforme pasaba la tarde. Se le cerraba la garganta y ya no podía ni tragar aire. Sudaba a chorros y el sol le daba de lleno en los ojos.

De repente, vio borroso.

«¿Me habré curado la miopía o será que me voy a morir?» Nunca antes se había muerto, así que no sabía. Nunca antes se había curado de la miopía, así que tampoco eso lo sabía.

Siguió caminando.

«Aguántate que aquí de seguro armas argüende», dijo para sí, y siguió caminando. «Pinche tos y pinche sol». Siguió caminando. «Ora, ¿pues cuánto falta pa' llegar?» Siguió caminando.

Pero luego no hubo más. Ya no siguió caminando.

VI

«A Nora Sánchez la balacearon sus patrones», pensará el lector común. Fue a sangre fría y a unos cuantos metros de la frontera, acostada ya en suelo gringolano. Ni siquiera se dignaron a acercarse, balas había de sobra. Parecía dormida o, al menos, desmayada por la insolación. No tuvo chance ni para correr.

«¡Pinches narcos!», dirán. Aunque, en realidad, aquello era lo justo: la entrega estaba programada para las cinco y ya estaba casi anocheciendo. Al patrón no le gustan los retrasos. A las ocho la salieron a buscar.

¡Pac-pac, pac, pac-pac! Cada uno de los cuatro matones descargó sus armas sobre el cuerpo inmóvil de la niña.

—Nos la hubiéramos cogido primero, ¿no?

—Así ensangrentadas a mí ya no me gustan.

—Pobre Norilla, a ver quién cuida 'ora de la Vale y del Fer. Agarraron la mochilita del 2012 y se fueron.

No hubo más.

VII

A Nora Sánchez no la mataron los sicarios.

Eso vino después.

El sol de lleno, el aire seco, la garganta cerrada, la fiebre intermitente, la enfermedad oculta y el posterior paro cardíaco fueron su verdadera causa de muerte.

Los balazos llegaron luego, cuando el cuerpo ya llevaba cosa de diez minutos tieso.

Pero eso nadie lo sabe. Y a nadie le importa, tampoco.

«A Nora Sánchez la mataron los sicarios», dicen los periódicos. Y en la siguiente página se habla de las futuras elecciones norteamericanas.

A Coruña, España. 25 de octubre, 2020.

Dos pesos

Diego Inés Álvarez Méndez

Los campos de Mirandillas aún respetaban el trabajo del mediero. Los patrones de estas tierras eran una buena partida, opción a considerar para quienes no tenían el propio suelo. Corrían los hombres de El Terrero y El Guayabo, ahí el trato era un cuarto de cosecha, una condena silenciosa que perpetuaba enraizados dueños.

Ciro Jauregui trabajaba junto a su padre, era ya un hombre casado, aunque sin hijos. Conocía las tareas del campo, era un sabio de los tiempos y de esos que podían hacer de todo. Sufría las burlas del caserío por ir junto a los pasos de su progenitor.

—Estás como los becerros de año, queriendo tragar pasto y mamando leche al mismo tiempo...

Pero él se reconocía leal y supo acomodarse a las huellas de su padre. Cada madrugada el grito paternal de —Ámonos, ya es hora... era una exigencia que daba seguridad y justificaba una jornada más.

Llegaba el tiempo cuando se seca el barbecho, y las tierras sembradas gritaban que alguien las fuera a trabajar. Ciro era bueno para pizcar, sus manos se llevaban bien con el maíz pipitillo y no era problema el frijol enredado a la hora de caminar. Agarraba cada quien su surco y al llenar la canasta se encaminaba rumbo a la bodega haciendo dos montones, pues al final el patrón elegía uno.

Cuando andaban en las primeras yuntas, Gapo, un amigo de Ciro, le pidió que llevara su muchachito a bautizar, lo

invitó para compadre. Por la mañana se acercó al patrón comentándole que necesitaba dos pesos para darle algo al ahijado, pues eran tiempos sin multiplicación de pan. Curiosamente, el patrón y el padre de Ciro eran compadres.

—Deja platico con mi compadre, al rato te aviso...

En la noche cuando Ciro soltó los bueyes de su carreta acudió buscando una mano con dos pesos. Sólo recibió una respuesta corta.

—No hay nada...

—*Ta bueno, pos si no hay nada, yo mañana no vengo a trabajar...*

A la mañana siguiente no hubo voz que le llamara a la faena, sólo reinaba en su tristeza un pensamiento:

—No valí dos pesos ni *pa'l* patrón, ni *pa'* mi padre.

Ciro preparó sus cosas y se fue con la mirada triste a probar vida en otras tierras.

La Parra

Ana Carolina Cabrera Almeida

La Parra es una tienda de abarrotes ubicada en el centro del pueblo. A unas cuadras está el templo católico de La Luz. Dependiendo la hora, el reloj de la iglesia emite un sonido de campanadas. Suele opacarse cuando los carniceros de un local cercano juegan entre ellos lanzándose pedazos de carne. Las risas y la música siempre están presentes. Ana los observa cada tarde antes de las cuatro, la hora en que acostumbra haber menos clientes.

El viernes a las dos de la tarde los rayos del sol iluminan la entrada de La Parra. El ruido de los camiones es constante, los motociclistas rebasan a peatones y automóviles, la gente va con prisa saliendo o entrando a su jornada laboral. Las primeras en querer irse son las chicas de la mueblería Casa Aguirre. Impacientes, Karla y Esther esperan en la entrada a su relevo.

Son las tres y media y la leche no tarda en llegar. En la caja hay tres mil doscientos veinte pesos en billetes y como setecientos en monedas. Ana guarda la mayoría de los billetes en un sobre que coloca debajo de una caja de jabón. Su “rutina para despistar” como dice ella. Luego empieza a trapear mientras se escuchan de fondo diferentes géneros musicales: banda en la rosticería, cumbias en la mueblería, rancheras en la carnicería. Se pone unos guantes de plástico rojos y exprime con fuerza el trapeador.

—Ya le voy a pisar, niña — dice Pachita al entrar arrastrando los pies y cargando una bolsa de mimbre colorida.

—No se preocupe, Pachita—contesta Ana.

—¿Cómo le va niña? —pregunta con voz cansada la mujer.

—Muy bien ¿Y a usted?

—Pos' también bien, gracias a Dios. Deme unas galletitas de las de fresa—pide Pachita mientras cuenta las monedas en la palma de la mano.

La señora Pachita vive a una cuadra de La Parra y siempre aparece a las cuatro de la tarde por su postre, unas tartinas de fresa de la Tía Rosa.

—Buenas tardes—grita don Miguel.

—Viene por su pan—contesta Ana.

—Si oiga, ya hace hambre.

—¿Hasta qué horas come?

—Pos' disque a las cuatro, pero ya pasan. Es que se me hizo tarde en la chamba.

Don Miguel vive solo desde que murieron su amigo el Rorro y su hermano El Tonaya. Ana sabe que los extraña cuando llega y pide una caguama “pa’ acordarse y sanar” como dice don Miguel. Sentando frente a la tienda se la bebe en menos de veinte minutos, y a veces se ríe solo y otras llora en silencio.

Ya pasan de las cuatro y apenas se ve a Lencho estacionarse. Saluda fatigado mientras trae la leche, se queja del dolor de su espalda y se va, maldiciendo las veinte tiendas más que le faltan por surtir.

—Hija. Ya es bien tarde y apenas te traigo de comer. Te hice sopita de fideo con espinacas— dice la madre de Ana al entrar con un canasto de plástico que coloca sobre una mesa llena de papeles y migajas de pan.

—Ma’, no te preocupes. He estado comiendo un poco de pan. Estoy por terminar el quehacer. Pero trapeo y llega y llega gente, no dejan que se seque el piso—responde Ana limpiándose el sudor de la frente.

—Pero ya está limpio. Lávate las manos, yo mientras cuido—contesta su mamá.

Apenas está probando bocado cuando oye a un señor que acaba de estacionarse enfrente de la tienda: —Oiga, güera ¿No le estorba el carro?

—No, señor. No se preocupe.

—La agarré comiendo, güera. Provecho y gracias.

—De nada, señor— sonríe Ana.

Se escuchan cinco campanadas en La Luz. Pasa el dueño de la armería caminando de prisa para abrir su local. Antes se detiene en la entrada y grita:

—¡Arriba el América!

—Oh señor. ¿Ya va a empezar?

—Salúdeme al chivista de Checo.

—Claro, yo le saludo a mi papá.

La Parra suele ser un lugar tranquilo por las tardes. La gente reposa después de la comida, el sol comienza a descender, los camiones pasan lento y se escucha el ladrido de los perros. Ana camina a la entrada de la tienda: disfruta el atardecer, aunque lo contempla entre los postes y cables de la calle.

—Una ayudita, güerita, que no he comido nada— le pide un hombre harapiento que carga una mochila rota.

—¿No quiere mejor un pan? —pregunta ella.

—Si usted me lo regala, sí.

—¿Gusta leche o una coca?

—Una coca, güerita. Dios me la bendiga.

—Y a usted, señor.

Se escuchan ocho campanadas. A las ocho y quince llegan los albañiles a beberse unas cuantas cervezas después de la jornada. Cansados, sus vestimentas llenas de cal, las manos calludas, las botas empolvadas y sus mochilas rotas no les impiden reírse del patrón y su ridícula forma de hablar, imitándolo y celebrando la burla a carcajadas. Hablan de la caída de un tal Pedro y lo estúpido que es cargando costales de cemento. Al terminarse las caguamas compran la cena de sus mujeres y sus hijos. Se llevan sin falta unos cuantos litros de leche y un panqué de nuez.

A las nueve de la noche La Parra ya está cerrada.

La lámpara de las vaquitas

Nora Sánchez

En la tienda de la esquina venden muchas cosas: refrescos, jabón, huevo, pan y ese líquido morado que su papá le echa al piso cuando huele feo. De vez en cuando, entre mayo y agosto, también tienen mangos. Ella, como parte de las responsabilidades adquiridas en su cumpleaños número siete, acude religiosamente de lunes a viernes a las dos en punto de la tarde por el medio kilo de tortillas que acompaña las comidas familiares. Se sabe, entonces, los artículos y su acomodo en los estantes de pí a pá. Todos los días llega con una moneda de diez y regresa con una de cinco. Las matemáticas son fáciles.

Hoy es miércoles y llega, pues, por su respectivo medio kilo. Pasea la vista por los tres metros cuadrados que conforman el local y encuentra todo como antes, como ayer y como siempre. El orden inalterable de las cosas le da paz: saber que nada cambia es una forma de control. Pero hoy, entre los Chocorroles Marinela y las Chokis de Gamesa ve algo extraño: un paquete más grande que su cara de un verde color semáforo. Se acerca para verlo mejor, nunca pudo ver de lejos.

-¿Qué es esto?

-Una lámpara, nos acaba de llegar. Se carga con el sol, ya no funciona con pilas. Viene del futuro.

-¿Pero si echa luz?

-Claro, a fin de cuentas sigue siendo lamparita. Moneda de diez, paquetito de tortillas, moneda de cinco.

En el camino de regreso, en la comida y en el resto del día no hizo nada más que pensar en esa lámpara en forma de tulipán con dos vaquitas en la base. Qué extraña, cuán necesaria. «No puedo hacer tarea sin luz, necesito la lámpara de las vaquitas».

II

El jueves no fue a la tienda: comieron ceviche y eso se come con pura tostada y galleta salada. Fue hasta el viernes cuando regresó a su encuentro con el artefacto.

-¿Cuánto cuesta?

-Ochenta y cinco.

-¿Cuántas monedas es eso?

-Ocho de a diez... y una de a cinco.

Ni siquiera dio las gracias, sólo se fue corriendo. «Necesito la lámpara de las vaquitas».

Se le olvidaron hasta las tortillas.

III

Durante las siguientes dos semanas, no hizo más que ahorrar el poco dinero que caía en sus manos: sus diez pesos de domingo, los cinco que le daban diariamente para gastar en la cooperativa de su escuela y hasta los seis con cincuenta que encontró debajo de los sillones de su sala. Necesitaba la lámpara. Todos los días, a las dos de la tarde, recogía sus tortillas y veía a las vaquitas sonriendo, sonriéndole.

-Por favor, no la vaya a vender. Ya nomás me faltan ocho con cincuenta.

-Sabes que yo no apalabro, Norita.

IV

Por fin, vino el domingo. Con los diez pesos que le regalaba su abuelo después de misa, ya hasta le sobraba. Ochenta y seis con cincuenta. ¿Qué haría con tanto dinero? Correr

por la lámpara de las vaquitas, claro. Ya no tenía ni que preocuparse por ajustar para las baterías: era del futuro.

Llegó a la tienda con la ilusión de siempre, pero un vendedor de Bimbo le tapaba la vista entre el estante de Gamesa y Marinela.

-Vengo por la lámpara de las vaquitas, señora Carmela.

-Ya se vendió, hija. Es que te tardaste.

V

Nunca, nunca, nunca se había sentido tan triste. El mundo era un lugar cruel y esta era la primera prueba que tenía de ello. El dinero ya le sobraba, de nada valía si no tenía su lámpara. Ni su tulipán, ni su futurista función solar, ni sus vaquitas. Lloraba para sí, porque si su mamá la veía de seguro le iba a dar razones para llorar de verdad.

Su papá le abrió la puerta pero no le dijo nada. Los papás nunca, nunca dicen nada. Llegó a su cuarto y cuando por fin despegó su carita húmeda de la almohada, notó algo raro. Apachurró los ojos para ver mejor. Encima de la mesita de noche, había un destello de luz que le iluminaba los cuadernos. Se acercó aún más.

Era la lámpara de las vaquitas.

Manzanillo, Colima. 2021.

Las historias del abuelo

María Fernanda Martínez De Anda

El abuelo solía contarme historias cuando era niño. Recuerdo pasar las tardes en su jardín, él sentado en la banca de madera que habíamos construido algunos veranos atrás, y yo frente a él, en el suelo.

Sus historias eran siempre diferentes, algunas veces me hablaba sobre su infancia y lo mucho que había cambiado el pueblo y otras veces inventaba las historias más fantásticas que yo había escuchado.

Pero de todas aquellas historias, hubo una en particular que siempre llamó mi atención más que las otras. Era la historia de un fantasma que se encontraba atrapado en el mundo de los vivos. Al principio no entendía cómo es que esto era posible, ya que siempre tuve la idea de que los fantasmas podían atravesar cualquier objeto que quisieran.

—Este fantasma no es como los que tú conoces, hijo, este fantasma es único. El pobre se ha perdido en su camino y no sabe cómo continuar, pero tampoco puede regresar a la vida, así que está varado en el medio y sin nadie que le haga compañía.

—¿Y por qué no pide ayuda? En las películas que salen en televisión, los fantasmas se aparecen en las casas y la gente los ve. Él podría hacer eso.

—No crees que si se aparece en una casa, las personas se asustarían como en las películas y no querrían ayudarlo?

—Tú te asustarías?

—¡No! ¡Yo soy muy valiente! Bueno, solo si se aparece en

el día. Abuelo ¿y por qué no llama a sus amigos fantasmas para que vengan por él?

—No puede hacerlo, está tan lejos de ellos que no lo escucharían, solo puede esperar a que alguien aquí en la tierra lo escuche y pueda ayudarlo.

Mi abuelo desviaba la mirada de tanto en tanto mientras me contaba la historia y parecía como si de verdad pudiera sentir lo mismo que el fantasma y a pesar de que yo estaba con él, parecía que se sentía solo.

Al escuchar aquella historia, la tristeza comenzó a hacerse presente en mí. Me puse a pensar cómo sería si nadie pudiera escucharme, si ya no pudiera hablar con mis papás, o si no pudiera pedirle a mi abuelo que me contara historias.

—Te has quedado muy callado ¿en qué piensas hijo?

—En el pobre fantasma, abuelo, debe ser muy triste estar solo, yo no quisiera sentirme nunca así. Quisiera poder ayudarlo.

Una lágrima rodó por mi mejilla. Mi abuelo se percató, sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo, me lo dio y me dijo con una sonrisa

—Ya lo has hecho.

De repente, la luz más brillante y azul que había visto comenzó a rodearlo hasta que lo consumió por completo y en su lugar dejó un lirio blanco. Lo tome con las manos y lo aprecié por un momento.

Y en ese momento, todas las historias de mi abuelo tuvieron sentido.

Crónica de una muerte no anunciada

Ana Carolina Cabrera Almeida

La tienda es como normalmente le llamamos a la casa de mis abuelos paternos. El porqué es muy sencillo. En esa casa mi papá tiene una tienda de abarrotes desde hace más de veinte años. Las paredes amarillas, los muebles viejos, el sonido de los refrigeradores combinado con el ruido de la calle le dan un toque de caos colectivo. Sin embargo, cruzando aquel zaguán que divide la tienda de la casa se entra al silencio ensordecedor de un espacio amplio, lleno de cachivaches, fotografías viejas, figuras de santos empolvados y muebles dotados de historia y memorias.

Antes de cumplir quince años, mis recuerdos de la casa paterna eran nulos. Mi infancia la había pasado con mis abuelos maternos.

A la tienda no iba mucho, fue hasta que murió el abuelo Víctor que empecé a frecuentar más a mi abuela Elena. Sola, decidió quedarse en la tienda. Sus palabras fueron: "Aquí me dejó su papá, de aquí no me voy hasta que me muera". Pocos meses después de mi cumpleaños, mi padre me delegó la responsabilidad de la tienda. Al llegar por la mañana la encontraba siempre haciendo algo: a veces cosiendo, a veces leyendo o viendo la televisión. De vez en cuando la sorprendía regando sus macetas. Cuando la melancolía la invadía se encerraba en el cuarto de mi abuelo y entre ropa vieja, sombreros y botas recordaba el gran amor que había vivido.

Mi abuela era de carácter fuerte, cuando algo se metía en su cabeza no había poder humano ni celestial que la hiciera cambiar de parecer. Era tan decidida que no le importó perder su herencia por casarse con mi abuelo. Su padre, Casimiro, quería que se casara con otro hombre o la quitaba del testamento. Ella decidió con el corazón y le dijo: "No me dejen nada. La casa se pierde, el amor no". Su sazón no era muy afortunado y odiaba los mariscos.

Mientras más tiempo pasaba en la tienda más confianza fuimos generando. Llegó a platicarme de sus antiguos novios y me alentaba a tener muchos, entre más mejor. Recuerdo que una vez me dijo: "Hija, no te vayas a quedar con el primer novio que tengas, conoce más y así comparas y experimentas. Con el que más te guste estar, con ese te quedas".

Al poco tiempo le conté una buena noticia. Por fin tenía novio.

—¿Y cómo se llama?
—Johan, abuelita.
—¿Cómo?
—Johan, con jota.
—¿Es japonés?
—Pues no, pero parece.

Johan y mi abuelita se hicieron grandes amigos. Ella era nuestra confidente. Halagaba a Johan por sus detalles y siempre tenía presente la fecha de nuestro aniversario. Tiempo después el noviazgo terminó, pero ella seguía preguntándome por él. Molesta y dolida, apenas le respondía. No obstante, ella nunca dejó de hacerlo.

Con el paso de los años, mi abuela Elena se volvió mi amiga y mi compañera. El cuatro de octubre era el día más esperado pues ella cumplía años. Lo celebraba con una gran fiesta. Invitaba a todo aquel conocido que llegara a la tienda. Avisaba a sus hermanos, sus primos, sus hijos, sus nietos y bisnietos, hasta al parente más lejano ella lo invitaba. Ese día la tienda estaba llena. De Estados Unidos llegaban familiares que se hospedaban en diferentes rincones de la casa.

El mariachi no faltaba ni su pastel de coco. Mis tíos se ahogaban de borrachos y con los sentimientos encima

hablaban de la profunda tristeza que les daría el día que mi abuelita ya no estuviera.

Pero no siempre estábamos rodeadas de personas. El momento que más compartíamos era en la tienda, solas las dos. Siempre las dos. Llevaba un reloj negro en la muñeca. A las seis de la tarde salía de su cuarto. Platicábamos durante horas, hasta que llegaba mi padre a recogerme. Al despedirnos me decía: "Que Dios te socorra y que Dios te cuide".

Yo fui creciendo y ella fue envejeciendo. Dejó de salir a las seis y aplazaba nuestro encuentro hasta las ocho de la noche. La andadera se convirtió en sus pies, sus lentes se volvieron más gruesos y su conversación se fue apagando.

—Carito, ponme música.
—¿De quién, abuelita?
—De José Alfredo Jiménez.

Su mirada se perdía entre canciones. En ocasiones me preguntaba por la tarea, por la escuela, por uno que otro amigo y por Johan. Me pedía que le sirviera un agua mineral y mientras ansiosa esperaba a mi papá.

—Lena, ¿qué andas haciendo? —decía mi padre.
—Pues nada, con Carito — contestaba sonriendo.
—No estén haciendo travesuras — bromeaba él.

Yo siempre había odiado los domingos hasta que ella los empezó a hacer especiales. Su diminuto monedero pasaba por las manos de mi padre, se lo entregaba para que tomara dinero y nos invitara a cenar. Aunque hubiese unas cuantas monedas, ella lo daba con tanta ilusión que su sonrisa no se borraba ni acabando la cena. íbamos a misa y de vez en cuando la llevaba a confesarse. Todo el templo se enteraba de sus pecados, pues poco a poco fue perdiendo el oído. Entre gritos confesaba las pequeñas travesuras y el padre con sigilo y premura le daba la absolución.

No imaginé que un domingo que parecía ser tan normal ocurriría lo inesperado. Nunca había llorado la muerte de nadie. Nunca había sostenido la mano que empezaba a ser rígida pero aún tibia de un ser tan querido. Nunca mis lágrimas habían caído a través de un cristal colocado en

una caja de madera. Nunca había escuchado lamentos de mi padre. Nunca.

Sonaban ocho campanadas de la Parroquia de la Asunción, cuando recibí una llamada: —Mi mamá acaba de morir— dijo mi papá con una voz irreconocible. Sentí agitación en mi pecho, mis piernas temblaron y en pleno centro de la ciudad caí de rodillas. Me sostuve del barandal de una ventana y entre llantos repetía: “No, no, no”.

A mi lado mi madre me miraba estupefacta. Las personas que pasaban a mi lado, algunas riéndose y otras asombradas, me miraban curiosas. Me puse de pie y corrí lo más rápido que pude. Sentía el aire helado y mi boca estaba seca. Pensaba que tenía que llegar al hospital. Pensaba que tal vez no era verdad, que tal vez mi padre exageró, que tal vez se confundieron.

Al llegar al hospital crucé una puerta que decía “Urgencias”, sentí un pinchazo en mi pecho y pregunté a mi madre:

—Entonces, ¿es verdad? Ella no me hizo caso y con voz entrecortada preguntó al guardia si podíamos pasar. Este hizo algunas preguntas y nos dejó entrar. En unos cuantos pasos llegué al cuarto. Unas cortinas azules rodeaban el lugar. Una enfermera se encontraba en una esquina llenando unos papeles, y cuando di media vuelta pude ver la cama de mi abuelita. Dos de sus hijas le sostenían cada mano. Su rostro pálido, su mandíbula entreabierta me indicaban que estaba dormida. Temblorosa me fui acercando. Mi tía se hizo a un lado y pude tomar su mano, aún tibia. Ni su pecho ni sus párpados se movían, y recordé la última vez que vi sus ojos. Acaricié su cabello y la besé en la frente. Inclinándome le susurré: “te quiero, abuelita”. Y salí deprisa.

El lugar se tornó oscuro, busqué un refugio y entré a los baños. No había nadie. Me recluí en el último cubículo y solté el llanto. Tan fuerte y tan estrepitoso que de pronto una señora entró sin preguntarme y me abrazó y sentí que mi cabeza estallaba. En mi mirada perdida el tiempo se detuvo.

Mareada y con frío regresé a la entrada del hospital.

Vi llegar a mi papá. Llevaba unos papeles en la mano. Se detuvo ante la aparición de mi madre y se abrazaron.

Sin embargo, yo seguí sentada en el suelo. De pronto me di cuenta que mi prima estaba a un lado. Me recargué en su hombro y me preguntó si quería acompañarlos por ropa para la abuela. Asentí y me ayudó a incorporarme.

El viaje en el carro fue lento. A las diez de la noche llegué a aquella casa que había sido su hogar. Entrar a la tienda fue un puñetazo en el estómago. Al abrir su cuarto vi su cama destendida, sus sandalias en el suelo, su agua mineral en el buró y su andadera en una esquina. Sentí como si unas espinas pincharan todo mi cuerpo. Abracé su frazada y me aferré a su recuerdo.

En la funeraria nada cambió. Veía gente llegar, personas que jamás la visitaban, parientes que iban por compromiso. Ocultaba mi dolor ante las miradas. Incontables veces cerré los ojos y tenía fe que al abrirlos estaría en la tienda, con ella viéndome, viéndome leer o anunciándome su llegada con el sonido de la andadera. Al abrirlos otra vez miraba el féretro lleno de flores, la mayoría blancas, dos coronas con apellidos de familias que no recordaba y un enorme Cristo detrás. Los sillones eran fríos e incómodos, el rezó de fondo me alteraba. Ya no lloraba, no podía llorar. Dormía por lapsos y al amanecer, después de haber dado incontables abrazos, fui a despedirme de ella. Su rostro había cambiado, ya no era mi abuelita. Ya no estaba ahí. En ese momento un señor apartó mi mano del féretro y dijo:

—Ya es hora.

—¿De qué? —pregunté.

—De la misa.

Me aparté y mientras los empleados de la funeraria se alejaban con el ataúd supe que sería la última vez que la vería.

El templo de Nuestra Señora de la Luz estaba lleno. Las personas me miraban con atención. Yo estaba a un lado del ataúd, inmóvil y sin mostrar ninguna expresión. Hasta que el coro empezó a cantar. Como cuando la llevaba a comulgar avanzamos con el féretro hacia el altar. Mientras caminaba pude ver a tantas personas. Me parecía muy bello observar a tantos clientes ahí, al ver a cada uno podía recordar esas

tardes de pláticas y de silencios en la tienda, en la casa, en su cama, en la sala, las dos juntas.

En el panteón los abrazos cesaron. A lo lejos se escuchaban seis campanadas. Cansada me senté en una tumba. Pedí a mi abuelo que fuera a su encuentro y esperé alguna señal de ambos. No sucedió nada. Abatida caminé hasta la entrada, me detuve y volteando hacia atrás contemplé los cientos de tumbas, imaginé cuántas lagrimas habían mojado aquel suelo, y resignada, suspiré.

—No te preocupes, Elena. Nos volveremos a ver, sino es en esta, será en la otra vida.

Ayer

Nora Sánchez

JUNIO

A mi hermano le falta una pierna. Aun así, baila todo el tiempo. También le falta el cabello, yo lo tengo largo. Tiene cuatro años pero todos fingimos que hoy cumple cinco porque mamá dice que quizás no llegue a septiembre, cuando los cumple de verdad. Eso sería en tres meses, nosotros estamos en junio. Mi hermano nació el 13 y todos dicen que es el séptimo Niño Héroe. Yo también lo digo.

Mi hermano tiene un tumor en la cabeza: le aprieta desde adentro y por eso se molesta tanto. Yo entiendo, por eso dejo que rompa mis juguetes y se coma mis paletas: a mí no me estrujan el cerebro pero sí hay algo que también se me quiere salir de adentro, viene como del pecho. Él y yo somos mejores amigos, nos vemos y reímos. Todos comemos pastel en esta fiesta inventada.

Mi hermano sonríe. Hoy estamos en septiembre. Todos reímos. Mañana volverá a ser junio. Tomamos fotos. Hoy seguimos en septiembre.

JULIO

Hoy cumple nueve años y mi papá me regaló un reloj de Paw Patrol. Parece que a los demás se les olvidó. Todos están al pendiente de mi hermano aunque él ya no haga nada. Mamá habla del cielo. Yo veo cómo cambian los números en mi reloj.

Ella sigue hablando del cielo.

Lo describe como si lo conociera, como si viviera ahí. Ella dice: «déjate llevar, Fernando, aquí todos vamos a estar bien después de que te vayas». Mi hermano sólo la mira. Hace semanas que no habla ni se mueve: sólo está, así, en la cama. Mamá le da de comer con un biberón, como si fuera bebé. Él se queja.

Su cabeza parece un balón ponchado: los tumores ya no sólo le aprietan desde adentro, poco a poco van saliendo. Mamá no deja que nadie lo mire. Yo quiero que vuelva a ser normal. Que me hable, que me grite, que me pida. Él sólo me mira: yo tampoco hablo, pero los dos gritamos desde adentro.

AGOSTO

Hoy se murió mi hermano. Hoy es jueves 23.

En la funeraria no tenían ataúdes de su tamaño así que nos dieron uno más grande, blanco. Y ahí está, quieto para siempre, en una caja de madera. La gente llora porque mamá tenía razón: no llegó a cumplir los cinco años. A mí se me salen sin querer los mocos. La gente me abraza, me dice que sea valiente. Pero no sé cómo ser valiente, yo sólo sé ser yo: cómo ser Valeria.

Mi hermano era normal hasta que se enfermó. Jugaba conmigo a las muñecas y se enojaba cuando cantábamos muy fuerte. Era como yo y como mis amigos de la escuela. Pero cuando se puso calvito se volvió una celebridad: su nombre estaba en canciones y su foto en camisetas. Tengo cuatro hermanas grandes pero ninguna es así de famosa. Todas están aquí, me acarician el pelo y me dicen que me quieren. Creo que nunca antes me habían dicho tantas veces que me quieren.

—Vamos al lado por café, Valeria, el de aquí ya se terminó. Mi hermana me lleva de la mano sin esperar a que responda. Yo veo la hora en mi reloj de Paw Patrol: un tres y un cinco y un seis.

Llegamos a la tienda pero está cerrada. «Horario: lunes a

viernes de 16:00 a 22:00».

—¿Qué horas son las 16:00?

—Las cuatro.

—¿Y qué hora es ahorita?

—Las 3:52.

Nos sentamos en la banqueta. Yo sólo pienso.

—Ojalá fuera ayer.

Cabo San Lucas, Baja California Sur. Diciembre 2020.

Semblanzas

CAMILO PATIÑO GARCÍA

Doctor en Ciencias para el Desarrollo la Sustentabilidad y el Turismo por la Universidad de Guadalajara; profesor titular del Centro Universitario de los Lagos; miembro del cuerpo académico UDG-CA-951 Relaciones Internacionales y las Nuevas Diplomacias; su línea de investigación es Atractividad Territorial; cuenta con el reconocimiento de perfil deseable de PRODEP y es miembro candidato del SNI. Correo electrónico: camilo.patino@academicos.udg.mx

FERNANDO MATEO SOLANA OLIVARES

Escritor, editor, periodista y maestro universitario. Fue coordinador de *La Jornada Semanal*, dirigió el suplemento Dominical y la sección diaria de Cultura del periódico *El Nacional*, tareas por las cuales recibió el Premio Nacional de Periodismo en Divulgación Cultural en 1993. Ejerció como director de Política Cultural de Canal 22 y como miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte en la disciplina de Letras. Actualmente es articulista de *Milenio Diario*, en el cual colabora desde su fundación.

LUIS CARLOS HERNÁNDEZ CUEVAS

Egresado de la Licenciatura en Humanidades con orientación en letras. Fue becario en el Laboratorio Editorial del Centro Universitario de los Lagos en el periodo 2019-2022, donde se desempeñó como encargado del equipo de corrección. Ha participado en concursos de redacción y ensayo como el Primer Concurso de Ensayo en el marco de la VII Feria de las Humanidades y las Ciencias Sociales, donde obtuvo

el primer lugar. Se ha presentado en conferencias y simposios con temas como la literatura y el patrimonio cultural. Recientemente ha publicado un artículo en el libro coordinado *Estudios culturales. Aportes de estudiantes de Humanidades*, editado en 2022 por la Universidad de Guadalajara.

DANTE ALEJANDRO VELÁZQUEZ

(Lagos de Moreno, 1973) Arquitecto y Maestro en Educación. Preside el Consejo de la Crónica de su ciudad natal. Subdirector de Ediciones Papalotzi. Autor de los libros: *Púrpura* (2005), *La ciudad del rosal* (2008), *La tentación* (2009), *Última Luz* (2015), *El veneno y el olvido: Ruperto J. Aldana* (2020) y *Suburbio acá* (2022). Compilador de *Un canto me demanda, memoria de poesía laguense* (2011). Coautor de *Espiral viajero* (2013) y del CD *Bosque de silencios* (2013). Fundador del Encuentro de poetas “Francisco González León”. Primer lugar de los concursos literarios “Adalberto Navarro Sánchez” (2013) y “Cincuentenario de Pedro Páramo” (2005). Becario del CECA Jalisco (2019).

ANA LUISA OREGON LEYVA

Oriunda del Puerto de Zihuatanejo; Humanista, políglota, profesora y empresaria. Viajera empedernida y narradora de sus experiencias culturales, literarias y culinarias. Ha completado estancias académicas en Japón, Corea del Sur, Estados Unidos y Francia.

MARÍA COLIN

Nació en Guadalajara, Jalisco en el año de 1970. Fue amante de las letras desde muy temprana edad. Sus primeros cuentos —cabe decir que fue una trilogía— los escribió cuando tenía 9 años. Y desde ese momento no paró nunca de garabatear poemas e historias en cualquier trozo de papel que tuviera a mano. Tras el nacimiento de su segunda hija ingresó a la Escuela de Escritores “Sogem” en su ciudad natal, donde

conoció a importantes escritores tapatíos y aprendió a darle forma a su creación literaria. Es autora de tres libros, “Fondo de luna”, “Hay viento afuera” y “Cartas de agua”, donde disecciona y reconstruye desde diversas miradas los laberintos de la fascinante y compleja condición humana. En el año 2010, fue premiada en el Concurso de Cuento realizado por la Universidad de Guadalajara, con su obra “El circo”, cuya ceremonia y entrega del galardón se realizó en el marco de la FIL. Publicó en 2020 el libro “Coincidir en Omportum”, con el sello CULagos Ediciones.

LUCÍA CRUZ GRANADOS

Egresada de la licenciatura en Humanidades por el Centro Universitario de los Lagos. Maestra en Escritura Creativa en Lengua Española por la Universidad de Salamanca (USAL). Además de la escritura y labor docente, se dedica a la gestión cultural, en especial al fomento a la lectura, por lo que es cofundadora del Colectivo De-Dos de Fomento a la Lectura y, a través de la plataforma de YouTube, realiza difusión literaria mediante el canal Maga L. Oliveira.

ROMÁN VILLALOBOS MANZO

(Lagos de Moreno, 1991). Licenciado en Humanidades por la Universidad de Guadalajara. Es autor de los libros de poesía *Pequeña ciudad eléctrica* (Editorial Montea, 2016), *john lurie: outside forever* (Broken English, 2018), *Si el mundo no se acaba lo termino yo* (Editorial Perniciosa, 2018, 2020), *Final del rey* (Ediciones O, 2018), *Sutra del vagón* (Universidad de Guadalajara, 2019), *El primer paso para llegar afuera es verse afuera* (Editorial Perniciosa, 2020), *Shooter* (Editorial Matrerita, 2020), *Bestia* (Poesía Mexa, 2021) y *Filos / Casa-tirante* (Malabar Editorial, 2022). Fue incluido en la antología *Un canto me demanda: memoria de poesía laguense* (Ediciones Papalotzi, 2011) y en la *Enciclopedia de escritores en Jalisco* (Seminario de Cultura Mexicana, 2020). Fue becario del PECDA, en la disciplina de Poesía, durante la emisión 2017-2018.

DAVID BARAJAS PINEDA

(Zacapu, Michoacán; 1996). Licenciado en Humanidades con Orientación en Letras por la Universidad de Guadalajara. Ha realizado estudios en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (2017) y en la Universidad de Almería, España (2017). Ha publicado crónica y poesía. Su crónica *Los estrechos caminos* obtuvo el segundo premio del Concurso Número 50 de la revista Punto de Partida de la UNAM (2019). Participó en el Tercer Encuentro Universitario de Jóvenes Escritores de Morelia (2019). Es Coautor del poemario *Dejarse morir* (2021) bajo el sello editorial CULagos Ediciones de la Universidad de Guadalajara. Mención Honorífica en el Concurso XI de la Revista Luvina en la categoría de Poesía (2021). Algunos de sus textos se pueden encontrar en *Punto en Línea* y *Punto de Partida* (UNAM), *Carruaje de Pájaros* y en la *Revista Literaria Encuentro* de la Universidad Autónoma de Querétaro. Forma parte de la antología *Casa de los espejos* (Ediciones Ave Azul, 2020) en la categoría de poesía. Actualmente estudia la Maestría en Estudios de Literatura Mexicana en la Universidad de Guadalajara.

DIEGO INÉS ÁLVAREZ MENDEZ

Es licenciado en Filosofía, egresado de la Licenciatura en Humanidades con orientación en Letras. Fue becario de la Editorial del Centro Universitario de los Lagos. Docente en educación media superior desde 2017. Ha publicado artículos en la revista *Fragua* y en el periódico *Entre Todos*. Ha participado en investigaciones sobre el relato oral en adultos mayores.

DAVID VITAL MUÑOZ

Nació el 30 de marzo de 1995 en el municipio de Tepatitlán de Morelos Jalisco, pero creció en San Miguel el Alto. Desde 2014 radica en Lagos de Moreno, mismo donde estudió Licencia en Humanidades con orientación en Letras. En 2018 realizó una estancia académica de cinco meses en Bahía Blanca, Argentina.

MARINA ELIZABETH ORTIZ PÉREZ

Nació en Guadalajara, en 1984. Desde 2013 radica en Lagos de Moreno. Es licenciada en Letras hispánicas y maestrante en Historia cultural por la Universidad de Guadalajara. Ha colaborado en diversos espacios profesionales, como el área de eventos de la FIL Guadalajara; en Vinculación, del Sistema de Educación Media Superior de la UdeG y en diferentes áreas de gestión del Centro Universitario de los Lagos, en donde también imparte clases de lengua y literatura, en las licenciaturas de Humanidades y de Lenguas y Culturas extranjeras. Sus actividades siempre han estado orientadas a la promoción de la lectura; difusión cultural; gestión y coordinación de eventos; y generación, selección y revisión de contenidos para la comunicación institucional.

NORA KARINA SÁNCHEZ MEDINA

Nora Karina Sánchez Medina nació en Manzanillo, Colima un 27 de octubre del 98. Su amor por las letras la sorprendió desde pequeña y las siguió tan lejos que terminó estudiando una carrera afín en Lagos de Moreno, Jalisco. Humanista y pedagoga, actualmente vive en Cabo San Lucas, Baja California Sur y está aprendiendo a nadar.

MARÍA FERNANDA MARTÍNEZ DE ANDA

Nació el 26 de julio de 2000, en Jalostotitlán pero creció en el municipio de San Julián, Jalisco. Es estudiante de la Licenciatura en Humanidades con especialidad en Letras en el Centro Universitario de los Lagos, en Lagos de Moreno, Jalisco. Tiene una beca en el Laboratorio Editorial del CULagos como parte del equipo de corrección de estilo de los libros publicados bajo el sello de CULagos Ediciones.

ANA CAROLINA CABRERA ALMEIDA

Egresada de la Licenciatura en Humanidades con orientación en letras. Realizó una estancia académica en la Facultad de

Filología en la Universidad de la Coruña, España. Desarrolló un trabajo de investigación sobre Redes sociales prácticas y problemáticas en el entorno virtual. Maestrante en Docencia en la Universidad de La Salle Bajío. Actualmente trabaja en el Laboratorio Editorial del Centro Universitario de los Lagos de la Universidad de Guadalajara donde se ha desempeñado como organizadora de presentaciones de libros con autores nacionales e internacionales.

Índice

INTRODUCCIÓN

Camilo Patiño García

9

PRÓLOGO

Fernando Mateo Solana Olivares

11

HISTORIAS DESDE LA COMEZÓN

Luis Carlos Hernández Cuevas

15

BALDES

Dante Alejandro Velázquez

17

眠らない街 NEMURANAI MACHI (LA CIUDAD QUE NO DUERME)

Ana Luisa Oregon

19

ÉRASE UNA VEZ UN MÁGICO PUEBLO

María Colín

23

MAÑANA PARISINA

Lucía Cruz Granados

27

DULCE DERRAME

Luis Carlos Hernández Cuevas

29

錢湯 SENTŌ (BAÑO PÚBLICO)
Ana Luisa Oregon

31

DOS PESOS

Diego Inés Álvarez Méndez

65

LA VORÁGINE
Luis Carlos Hernández Cuevas

35

LA PARRA
Ana Carolina Cabrera Almeida

67

OJO POR OJO
Román Villalobos

37

LA LÁMPARA DE LAS VAQUITAS
Nora Sánchez

71

RUTINA
Lucía Cruz Granados

43

LAS HISTORIAS DEL ABUELO
María Fernanda Martínez De Anda

75

JUSTICIA TERRENAL
Dante Alejandro Velázquez

45

CRÓNICA DE UNA MUERTE NO ANUNCIADA
Ana Carolina Cabrera Almeida

79

TINAS DE BAÑO
David Barajas Pineda

47

AYER
Nora Sánchez

85

SERENATA
Diego Inés Álvarez Méndez

51

SEMBLANZAS

89

UNA LLAMADA
David Vital Muñoz

53

LA MUERTE DE IMPROVISO
Marina Elizabeth Ortiz Pérez

57

VIRUS
Nora Sánchez

61